

## AÑO NUEVO

Año nuevo! No por cierto para mí. Al oír esta frase se siente que en el fondo de ella palpita algo así como el ansia de una renovación, y en mí nada me hace desearla ni entreverla.

El color del día me es familiar. En torno mío, la monotonía que crea el hábito; y en mi interior, el mismo murmullo que ha días produce la vida al correr sobre los sentimientos que un hecho trascendental despertara en ella.

Mi Año Nuevo comenzó ya hace unos cuantos meses. Una circunstancia apostada en el camino cambió mi rumbo una noche; y cuando por la mañana abrí los postigos de mi ventana, el día me pareció de un color diferente del que hasta entonces había tenido para mí. El sol vibraba sobre los tejados y en el aire ondulaba la esperanza. Entonces yo me dije:

—He aquí mi Año Nuevo. Y en efecto mis días comenzaron a agitarse en el ritmo que aún perdura.

Hoy muchas bocas cantarán para mí el "Feliz Año Nuevo" y más de un corazón me lo deseará de veras. Si yo les dijese: son inútiles vuestras palabras y vuestro deseo, pues que para mí el Año Nuevo principió en un dulce día de mayo, me mirarían extrañados y se alejarían sin comprender.

Cuando amaneció el día en que ví la luz vibrar sobre los tejados y la esperanza ondular en el aire, porque había cambiado el cristal de mis antiparras, ninguno de estos labios se abrió para decirme: "Feliz Año Nuevo". Sólo yo lo sabía. Y cuando otra circunstancia venga y ponga ante mis ojos el cristal ahumado que fabricara el dolor, y al abrir los postigos de mi ventana vea el día de un color ceniciento, aun cuando el sol deshilache su oro con profusión en torno mío, nadie sabrá que es entonces cuando en mi vida se ha iniciado un nuevo año.

Así meditaba en esa mañana de Año Nuevo cuando entró uno de mis amigos.

—Año Nuevo? No para ti ni para mí —dijo quedándose pensativo. Y has pensado —continuó al cabo de un rato— en esas criaturas que apenas si pueden haberse dicho una o dos veces en su existencia: Año nuevo, vida nueva!

—Déjame pensar en voz alta —prosiguió mi amigo.— Déjame exponer un poco al sol mi tristeza. Yo mismo, desde hace unos cuantos años, hago una vida uniforme y siento una especie de enervamiento que me impide bajar al fondo de mi ser y buscar si esta monotonía en que vivo es solo aparente. Transcurren las semanas, los meses, los años, y los días son tan parecidos que se diría van siendo vaciados en el mismo molde: la misma hora de levantarse, el mismo camino, el encuentro con las mismas personas cuyos rostros expresan siempre la misma inconsciencia; el mismo trabajo, siempre cifras y números sobre un papel amarillo y siempre la miel de los mismos cariños. Quieres creer que a veces siento rencor hasta con mi novia? Me cansa con su eterno gesto de enamorada rendida. Pobre muchacha! Encontrará a menudo en mí algo nuevo, que no la he aburrido? Ah! las mujeres están hechas para el amor; saben sacar partido de él. Cuando tienen este ovillo entre las manos, aun cuando el hilo es todo igual, tejen con él encajes y arabescos tan variados y fantásticos que ya tienen para toda su vida.

Descansó un momento y después continuó:

—Ya mi amor a fuerza de rodar por el mismo riel en que suele rodar en estas ciudades de provincia, no tiene novedad para mí. He aquí un amor convertido en hábito. Y te aseguro que es doloroso vestir así este sentimiento; tan doloroso como ver el bello y frágil cuerpo de una doncella, envuelto en la estameña del anacoreta.

Cómo odio el hábito! Acaba por destruir las aristas de nuestro yo y borrar sus perfiles. ¿Sábés qué efecto he acabado por hacerme yo mismo? El de un retrato enmarcado en todo esto que me rodea y colgado de la vida.

Sin embargo estoy joven y aun puedo esperar. Pero esas vidas sin juventud ya, y en las cuales los hábitos han terminado por ahogar las pasiones y el menor signo de vitalidad espiritual, vidas que parecen llevar escrito en la frente para aviso de todo lo externo que pretenda

entrar, el "Lasciate ogni speranza voy che entrate" del Dante? Puedes imaginar nada más desconsolador?

—Mira— me dijo alargándome unas cuartillas.— Anoche sentía deseos de cristalizar mis sensaciones y me puse a escribir.

Yo leí:

"Estoy solo en mi cuarto. Todos en casa se han acostado, pero los siento despiertos con el pensamiento en vigilia en medio de la oscuridad y el silencio que reina en sus habitaciones. Qué esperan? Que el reloj y el cañón les digan que ha comenzado el Año Nuevo.

El viento me trae el sonido metálico de la música que toca la banda en el parque y los gritos de la multitud que se divierte.

Por qué no duermen mis viejas tías? Qué esperanzas palpitan en sus corazones que cuentan tantos años? Bien sé yo que ninguna. Sus ojos de color ya indefinible me lo tienen dicho, sus ojos en los que hay el frío que se siente al mirar por las ventanas de las casas abandonadas.

Mi hermana Juana de Dios que cuenta dieciocho años, también está despierta; pero ha dejado su lámpara encendida y junto a la lámpara, una rosa encarnada canta en un vaso la canción de la belleza y de la juventud.

Que ella no duerma, en espera del Año Nuevo, no me da dolor porque Juana de Dios tiene dieciocho años, las mejillas frescas y unos dulces ojos color de pizarra.

En la ventana de la casa que está frente a la mía, veo luz. Es la ventana de aquellas hermanas costureras, cuyos días se deslizan entre una penumbra que me apena.

Desde mi silla veo sus perfiles pálidos de vírgenes necias que no acudieron a tiempo con la lámpara de su corazón al banquete del Esposo. Qué tristes son sus rostros inclinados sobre la tela que cosen! Para ellas, ¿el año que llega traerá algo que signifique renovación de vida? Acaso hay alguna ilusión velando entre la paz de sus almas resignadas?

Seguramente no.

Ya la hermosa juventud pasó junto a ellas, pero sin deshojar sobre sus cabezas los pétalos del amor. Estaban tan silenciosas y se recataban tanto en la oscuridad que ella, la juventud las confundió con las sombras. Cuando florecieron sus vidas fue en la soledad y

ningún pájaro vino a cantar sus sonatas de Primavera entre sus ramas. Pasaron su niñez en un hospicio de huérfanos. Vestido de uniforme; despertar, rezos, comidas, a toques de campana; sus lechos de vírgenes perdidos entre una fila de lechos idénticos . . .

Su Año Nuevo fue un día ya muy lejano en que salieron del sombrío edificio y vinieron a vivir frente a mi casa. Desde entonces giran en una existencia, cuyo ruido he acabado por percibir. Me parece el ruido que hace una rueda al girar sobre su eje. La pequeña sala nunca ha cambiado de aspecto: las sillas siempre alineadas simétricamente junto de la pared y en las que nunca se ve un grano de polvo; la mesa sobre la que luce la estatua de la Purísima con su manto color de cielo y siempre sonriendo a través del fanal que la protege de las inclemencias del tiempo; los mismos cromos infantiles en las paredes y el espejo de marco dorado envuelto en una gasa, cuya superficie bruñida ha sido el único ojo que ha seguido el paso de los días sobre esos rostros.

Todas las noches desgranar con el mismo gesto las cuentas de sus rosarios y cada martes una de ellas, la menor que hace muchos años está tísica, da con su mano enflaquecida y color de cera, una limosna a los mendigos que llegan a la puerta. En los otros días no dan limosna.

Qué fue de esas juventudes? Pasaron silenciosas, pisando sobre las puntas de los pies para no hacer ruido en la vida y que nadie dijese nada de ellas; y entonces la Alegría de rosadas mejillas les dio su triste adiós.

Son también cuadros colgados de la vida, pero en los cuales el hábito ha borrado los sentimientos, las pasiones, existencias a las que hasta la emoción suave que siente el que alarga al necesitado un pedazo de pan, les está negada.

Cuando han repicado las campanas y el cañón ha retumbado, las he visto levantar sus cabezas y sonreír una a la otra, tristemente, resignadamente. Sus labios se han abierto y he adivinado las palabras: "Feliz Año Nuevo, hermana"! . . .

También he oído a mis tías removerse en su lecho y murmurar con sus voces cascadas: "Feliz Año Nuevo".

Sólo una voz me ha hecho sonreír: la vocecita musical de Juana de Dios: esa sí sonaba a Año Nuevo, a Vida Nueva. Cuando la besé en la frente le dije con toda mi alma: "Feliz Año Nuevo, tú! "

Me pareció que sobre su corazón, la esperanza, como en su trípode la pitonisa, le decía la profecía del Amor y de las Ilusiones”.

Yo, con las cuartillas de mi amigo entre las manos, me quedé pensando en las vidas para las que apenas si hay un Año Nuevo mientras pasan por la tierra, y en esas otras vidas amablemente inquietas, llenas de fecundas renovaciones.

1914